

Vigésimo domingo durante el año, ciclo C

14 de agosto de 2022

Mario Michiaki Yamanouchi
Obispo de la diócesis de Saitama

Queridos Hermanos y Hermanas:

Mañana con la fiesta de la Asunción de la Virgen María recordamos el fin de la Segunda Guerra mundial y en la Iglesia del Japón concluimos los diez de oración por la paz iniciado en la fiesta de la transfiguración de Jesús, el 6 de agosto.

En esta homilía trataré de presentarles un breve comentario sobre lo que Jesús y el profeta Jeremías entendía cuando se habla de paz, y qué les pasó a ambos por predicar ese don de Dios para su pueblo.

Primera lectura (Jeremías 38,4-6.8-10): Jeremías es arrojado al fondo de un pozo

El episodio de Jeremías nos pone un ejemplo de este sufrimiento que acarrea al profeta por transmitir fielmente lo que Dios le ha revelado para salvarse del desastre que está por sobrevenir sobre su pueblo, pero que lamentablemente sus líderes no lo quieren escuchar. La visión política que tenían sus líderes y los falsos profetas, por su orgullo como pueblo elegido por Dios, no podían aceptar que en ese momento, el único camino de salvación era el de someterse a Babilonia, y no a Egipto. O en el momento más crítico, creían que Dios le enviaría un ejército celestial para combatir a favor de Israel.

Jeremías al ver que su propuesta era totalmente rechazada anuncia la destrucción del templo, de la dinastía davídica y de la ciudad de Jerusalén. Como que las promesas de Dios transmitidas por Natán y otros profetas a David y a su ciudad capital, Jerusalén, y el templo levantado por Salomón, todo llegará a su fin. Nada quedará en pie, todo quedará en total ruina.

Jeremías, aún sabiendo de que no será escuchado, sino más aún será perseguido y maltarado tuvo que anunciar firmemente lo que Dios le había revelado, como un último intento de salvar a su pueblo de la destrucción total. Podemos decir de que sus líderes les faltó la visión política de Jeremías, confiándose en el enemigo del imperio babilónico, los egipcios, quienes concretamente, no vinieron a socorrer a Israel cuando los babilonios invadieron Jerusalén. Y los falsos profetas hizo creer a la gente de su pueblo de que Dios enviaría al ejército celestial para destruir al ejército babilónico.

Así el anuncio de Jeremías, produjo más bien, división entre unos y otros, pues hasta entre el alto liderazgo político encuentra opositores y ayudantes, mientras el rey se deja llevar del viento político que sopla en cada momento. Pero la palabra de Dios y su profeta no es un viento cambiante, sino una palabra firme y segura, que exige darle fe y cambiar de mente y de conducta; que pide una opción radical de parte de los oyentes.

Este episodio de la vida del profeta Jeremías suele llamarse “la pasión de Jeremías” porque le tocó sufrir golpes, burlas, acusaciones y prisión en una cisterna seca llena fango por causa de la Palabra de Dios que tuvo que anunciar.

Por eso, el Salmo responsorial expresa el grito de Jeremías, y de todos aquellos que trabajan por la paz y la justicia en el mundo y sufren como Jeremías de parte de los gobernantes y los poderosos: ¡Señor, ven a ayudarme! (salmo 40).

Evangelio (Lucas 12,49-53): los que trabajan por la paz como Jesús

Y qué podemos decir de Jesús. Jesús predicó realmente eso que hoy leemos en el evangelio. Muchas veces las enseñanzas y las palabras de Jesús nos parecen tan hermosas, tan atenta a los débiles y pequeños, tan llena de amor y solicitud hasta por los pecadores y enemigos, que su mensaje no puede ser otro que el de una gran paz y armonía entre todos los hombres. Eso es lo que proclamaban ya los ángeles en el momento del Nacimiento (Lc 2, 24) y lo que vuelve a proclamar el Resucitado apenas se deja ver por los discípulos atemorizados (Lc 24,20-21).

Aquí, sin embargo, Jesús parece decir todo lo contrario. Su mensaje no viene a producir paz y concordia entre todos, sino que lleva a la división incluso entre los miembros más allegados de la familia, padres e hijos, nueras y suegras.

La cuestión está en que el mensaje de Jesús no se trata de cualquier mensaje, de cualquier propuesta, sino de la presencia misma del Reino de Dios en sus palabras y sus gestos, en sus milagros y sus actuaciones. No cabe oír esa Buena Nueva del Reino y permanecer neutral o indiferente; no cabe entusiasmarse con Jesús y seguir en lo mismo de siempre. Por eso hay que optar con pasión, hay que tomar decisiones y actuaciones que implican cambios muy radicales en la vida. Por eso nos van a afectar a todos profundamente, más allá incluso de los vínculos familiares, por muy respetables que estos sean. Así entendemos sus duras palabras que hasta escandaolizó a sus seguidores más cercanos. El que no pone por delante a Jesús, incluso sobre su propia familia, no puede ser su discípulo (Lc 14, 26).

Finalmente, Jesús mismo sufrirá la consecuencia de su predicación y de sus hechos milagrosos. Sufrirá la pasión y terminará rechazado por los líderes de su pueblo y entregado al poder del ejército romano quien lo crucificará para quitarle la vida.

Conclusión

Y termino esta homilía, recordando a san Maximiliano Kolbe, sacerdote franciscano, quien trabajó 6 años en Japón y al regresar a Polonia, fue llevado al campo de concentración de Auschwitz y allí sufrió el martirio, cambiando su vida por la de un compañero que fue elegido para sufrir la muerte en el bunker a causa de diez prisioneros que se escaparon. Pero, los soldados al ver que el P. Kolbe no moría le pusieron una inyección letal. En ese lugar de la muerte, en medio de la oscuridad de la celda siempre arde una lámpara que testimonia de este mártir de la Segunda Guerra mundial.

Invoquemos la intercesión materna de la Virgen María para que nos ayude a ser siempre testigos de la paz de Cristo, como lo estamos haciendo aquí, especialmente en Japón en estos diez días de oración por la paz. María, Reina de la paz, ruega por nosotros.